

preocupantes semejanzas con la esclavitud. Y la razón es sencilla: «el meollo de la cuestión no tiene que ver con la tecnología ni con el futuro sino con nosotros mismos» (146). La fragilidad del consenso actual se muestra tanto en la penalización del intelecto como en la contradicción de las decisiones judiciales. «La penalización del conocimiento pone en peligro nuestras tradiciones culturales creativas» (141). Pero se trata de algo ya inevitable. «La Era de la Razón está siendo desplazada de su nicho ecológico por la Economía del Conocimiento, un término cargado de ironía para una época en la que lo que se promueve es la escasez de conocimiento. La solución de este problema –si es que hemos de darle alguna– es, claro está, una cuestión política» (142-3). Éste es el punto donde poner objeciones al autor: ni la cultura que vivimos es independiente de nuestros actos, ni nuestras acciones se someten sin más a la cultura dominante. El mensaje pesimista campea a través de la lucidez de estas páginas, pero es un pesimismo retórico acompañado del cinismo necesario para no renunciar a los propios principios. Por esa razón, el autor acaba refugiándose en la utopía de un lugar donde el pensamiento, libre de patentes y restricciones legales, pueda florecer con toda la creatividad que le debía resultar característica. En definitiva, un ensayo breve y lúcido, atrevido y pesimista que hará pensar a muchos y entretendrá agradablemente a casi todos.

Enrique R. MOROS

Manlio SIMONETTI, *Il Vangelo e la storia. Il cristianesimo antico (secoli I-IV)*, Roma: Carocci, 2010, 304 pp., 17 x 24, ISBN 978-88-4305-399-3.

El Profesor Manlio Simonetti es uno de los historiadores y estudiosos del cristianismo antiguo más importantes, especialmente de los autores de los siglos II y III. Fue profesor de Literatura cristiana antigua en la Universidad de Cagliari y de Historia del cristianismo en la Universidad de Roma «La Sapienza». Ha publicado, además de centenares de estudios, una obra que puede ser considerada como todo un clásico en los estudios patristicos: *Letteratura cristiana antica greca e latina* (Firenze-Milano 1969), junto con muchas ediciones críticas de autores griegos y latinos como Orígenes, Cipriano, Rufino, Agustín o Gregorio Magno. Presentamos aquí, lo que él mismo considera como un compendio de la historia de los cuatro primeros

siglos del cristianismo, fruto de sus más de cincuenta años de investigación, en un volumen de fácil acceso, pero de gran densidad de contenido y muy reflexivo.

El Autor nos dirá: «He estudiado durante más de sesenta años la historia del cristianismo antiguo en sus diversos aspectos de carácter religioso, político, social y cultural y, en consecuencia, he escrito mucho, quizá demasiado, en la mayoría de las ocasiones con la intención, no siempre lograda, de hacer investigación a nivel científico y en ocasiones con una finalidad académica. En su conjunto me siento satisfecho de los resultados obtenidos, tanto en el ámbito filológico como en el histórico. Ahora, al concluir un itinerario de estudio tan largo, publico un libro que no pretende llenar ninguna laguna, que no tiene tampoco un destino específico, sino que lo he escrito tan sólo por satisfacción personal, y al cual me he dedicado siempre que me he podido encontrar libre por momentos de otras ocupaciones más apremiantes y vinculantes, iniciado sin un objetivo preciso, sino tan sólo el poner por escrito algunos conceptos de carácter general que poco a poco se me han ido presentando como más claros, hasta que se han ido configurando, a grandes líneas, como una visión panorámica embrionaria de la historia del cristianismo antiguo. Llegados a este punto, han bastado unos pocos añadidos y algún que otro ajuste para llegar al texto que ahora presento. He tratado de hacerme asequible, aunque sin gran convicción, y por ello no sé hasta qué punto lo he logrado. Puedo decir, sin embargo, que cada una de las palabras aquí escritas, han sido meditadas por largo tiempo y, también, aunque a primera vista puedan parecer obvias y sin un significado especial, tienen a las espaldas lo destilado en más de cincuenta años de investigación ininterrumpida» (p. 9).

En el primer capítulo Simonetti nos habla de los orígenes mismos de la Iglesia. La historia de la Iglesia tiene sus raíces en Jesús de Nazaret, nacido en el mundo intelectual y religioso del judaísmo palestino. Su vida y su actividad, que pusieron los fundamentos de la Iglesia, constituyeron la premisa de su historia. Las fuentes que dan noticia de esta vida y de su significado para la Iglesia son de naturaleza muy particular. Por una parte existen algunas noticias de fuente pagana y hebrea, de gran importancia para probar la existencia histórica de Jesús. Por otro, las escrituras del Nuevo Testamento, y especialmente los tres evangelios más antiguos, los Hechos de los Apóstoles y algunas cartas de san Pablo, reproducen la imagen viva en las mentes y en los corazones de sus primeros seguidores, cuando éstos, tras la

Ascensión de Jesús, lo predicaron como el Mesías crucificado y resucitado. Esta imagen lleva los rasgos característicos impuestos por la necesidad de la predicación apostólica y de la fe que la sostenía. Pero esto no debe llevar a un escepticismo sobre la posibilidad de conocer el Jesús terreno e histórico. Para el Autor, basándonos en esos relatos evangélicos, se puede reconstruir con razonable probabilidad las líneas maestras de la predicación y de la actividad taumatúrgica de Jesús. El anuncio del Reino y la predicación de la conversión constituyen su anuncio programático, una predicación que se ve situada en un contexto escatológico y apocalíptico. La primera comunidad cristiana se constituyó como un grupo de judíos observantes que se especificaban, respecto a otras corrientes religiosas y políticas, como firmemente convencidos de que el Jesús condenado a muerte por las autoridades judías y romanas era el Mesías profetizado y esperado como el liberador de Israel. Reconocían la autoridad de los Doce y vivían con un ardiente celo misionero. La excepcionalidad del hecho de la Resurrección les condujo a profundizar sobre el mismo Cristo; por ello, el objeto de su predicación, dirigida tanto a judíos como a gentiles, no era sin más el mensaje de Jesús, sino su misma persona. La persona de Cristo será el contenido central del mensaje del Apóstol Pablo y a su actividad dedicará Simonetti parte de este primer capítulo, haciendo notar cómo este primer grupo cristiano se verá a finales del primer siglo expulsado de la sinagoga y considerado como extraño al mismo judaísmo. A la muerte del Apóstol, en el mundo helenístico había una red de células cristianas cuya vitalidad aseguró la ulterior propagación de la fe cristiana.

El segundo capítulo lo ocupa el Autor en el estudio de la vida cristiana a lo largo del siglo II. Comienza haciendo mención de la rápida difusión de la Iglesia. Con la actividad de los Apóstoles y de sus sucesores quedó el cristianismo sólidamente establecido en medio del Imperio romano. De la escasa documentación al respecto se extrae que del punto original de Palestina y, sobre todo, de la Siria (Antioquía) el cristianismo se extendió hasta Chipre, toda el Asia Menor, Península Helénica, Macedonia, Ilírico, Italia, Cartago y Numidia. El imperio, con toda su infraestructura de comunicaciones, aseguraba la facilidad de movimiento. Explica también con acierto Simonetti cuál fue la estructura organizativa incipiente de aquellas primeras comunidades cristianas, el contraste y, al mismo tiempo, coordinación que se operó entre carismas y jerarquía, hasta lograrse el equilibrio adecuado. La estructura jerárquica se establecerá de una manera más clara en aquellos lugares donde

había tenido lugar una mayor influencia judía, una jerarquía eminentemente presbiteral y colegial. En las comunidades de origen paulino, la jerarquía adquiere un carácter más monárquico, realizándose la figura del obispo como centro de la comunión. Pronto la Iglesia naciente tuvo que hacer frente a conflictos internos de índole doctrinal, en especial a ciertas tendencias sincretistas y antijudaicas, que configuraban el movimiento gnóstico. La polémica literaria del paganismo no representa para la comunidad cristiana un peligro demasiado serio, pero en el gnosticismo le salió a la Iglesia el verdadero adversario, que desde tiempos muy recientes puso en peligro la continuidad de la misma Iglesia, debido a las diferencias y a las luchas que se dieron entre los diversos grupos y las diversas ideas. Ciertas corrientes dualistas de Oriente, con ideas del judaísmo tardío, unido a nociones cristianas, dan como síntesis una corriente que pretendía, en los primeros tiempos, dar la solución a las preguntas últimas del hombre. El culto, la liturgia, tomada en parte de los cultos místicos, unidos a la propaganda y a la clara intención de conquista de la Iglesia desde dentro, hicieron de este movimiento el verdadero rival de la Iglesia naciente. Surge frente a ello la defensa de la doctrina como algo irrenunciable, el constitutivo auténtico de la conciencia que la Iglesia tiene de sí misma y de su misión en el mundo. Estamos a finales del siglo II, que es cuando, según Simonetti, se puede hablar con propiedad de una separación entre ortodoxia y heterodoxia, en cuanto aceptación del canon de las Escrituras y la adhesión a un cuerpo de doctrina considerado como normativo. En nuestra opinión, lo que podemos entender por ortodoxia y su distinción de la heterodoxia, se dio desde la primera predicación apostólica. Era el *kerigma* el que determinaba la ortodoxia. Este *kerigma* incluía algunos puntos doctrinales a los que adherirse (Dios Creador, la Encarnación, la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo). Por otro lado, la ortodoxia venía dada por la convergencia de varios criterios que concurrían a definir la existencia de una *communio* doctrinal. Junto a esas dificultades internas, surgieron con fuerza en este siglo conflictos con el mundo judío y el imperio a nivel político, social y literario. Frente a ello, como reacción cristiana, se desarrollará la llamada literatura apologética como defensa de la fe.

El tercer capítulo se centra en la descripción de la vida cristiana durante el siglo III con todas sus vicisitudes, comenzando por un análisis en profundidad de la relación entre la Iglesia y el Imperio en un periodo de tiempo en el que el cristianismo pasó de ser una religión ilícita y fuertemente perseguida, hasta llegar a ser una religión tolerada, a la par que se expone con

acierta el papel social jugado por los cristianos en aquellos momentos en el seno de una cultura en la que la dimensión religiosa era omnipresente, haciéndose prácticamente imposible para cualquier ciudadano la profesión de este nuevo credo. Simonetti estudia con detalle la organización interna de la comunidad en este periodo convulso, la importancia creciente de la autoridad episcopal en cada iglesia, compatible con una conjunción mayor a nivel provincial entre las diversas iglesias, presentando la figura de los concilios provinciales como un claro ejemplo de la colegialidad episcopal. Diversidad de tradiciones litúrgicas, celebración de los sacramentos, ritmo de la oración, devociones y culto, en especial a la Virgen María y a los santos, son cuestiones que van desfilando a lo largo del capítulo con profusión de datos. Respecto a las controversias doctrinales de este periodo, el centro de la polémica se centra en Cristo, implicado en dos preguntas fundamentales a las que se trata de dar respuesta: ¿Cómo se concilia la divinidad de Cristo con la unicidad de Dios? Y ¿cómo se concilian en Cristo divinidad y humanidad, ambas íntegras y completas? Durante el siglo III y buena parte del IV el tema central de discusión será el primer interrogante: la relación entre Cristo y Dios Padre en el ámbito de la unicidad divina. Simonetti, gran experto en la cristología de los primeros siglos, pone de manifiesto su excelencia a la hora de exponer de manera concisa, pero no exenta de profundidad, las doctrinas adopcionistas y modalistas, las dos formas del monarquianismo que derivaron en una forma más radical: el sabelianismo. En Alejandría, gracias a Orígenes, se desarrollará una teoría exegética, fundada filológicamente y muy abierta a la alegorización del texto bíblico, y con un trasfondo filosófico platónico. La importancia de Orígenes y su doctrina es puesta de relieve por el Autor, viendo en el Alejandrino y su influencia el detonante de conflictos y confluencias entre iglesias muy distantes geográficamente.

En el último capítulo, centrado en el siglo IV, se estudia la gran persecución de Diocleciano y Galerio, provocada con el fin de dar un nuevo vigor al Imperio, enfatizando todos los valores tradicionales como el paganismo. Como era de esperar, nuestro Autor no deja de prestar una gran atención a los acontecimientos constantinianos que más se entrelazaron con la vida de la Iglesia, transformándola profundamente en su disposición exterior –jerarquía, clero, lugares de culto, relaciones con el Estado–, mas también en las posibilidades de crecimiento sobre el plano teológico –luchas contra las herejías, concilios, escuelas doctrinales– y espiritual –vida consagrada, monacato, difusión de una moralidad nueva–. Ante tal cambio del rostro de la civili-

zación está la figura misma de Constantino, que pasa a ocupar un relieve excepcional en la historiografía, también en el arrear de las polémicas doctrinales demoledoras como el arrianismo o el donatismo. La obra concluye con el final del reinado del emperador Teodosio, el último emperador que supo asegurar la unidad del Imperio, concluyendo con él la política inaugurada por Constantino de establecer la religión cristiana como el único culto reconocido oficialmente por el Imperio.

En definitiva, nos encontramos ante un magnífico manual que sabe conjugar el rigor científico de una exposición completa de los hechos, con el carácter sintético y profundo de las reflexiones que se extraen de la sucesión de los acontecimientos y sus protagonistas. Además, recoge una abundante y actualizada bibliografía del periodo histórico estudiado, poniendo al alcance del lector un acceso fácil a las fuentes históricas de la Antigüedad cristiana.

Juan Antonio GIL-TAMAYO

Gilbert K. CHESTERTON, *Por qué soy católico* (Traductores: Ana Nuño y Mariano Vázquez Alonso), Madrid: El buey mudo, 2009, 720 pp., 14 x 21, ISBN 978-84-9374-170-9.

Es una buena noticia que en los últimos años hayan ido apareciendo en lengua castellana algunas obras y recopilaciones de artículos de G. K. Chesterton (1874-1936), pues así se pone más fácilmente al alcance del lector hispanohablante el pensamiento del gran escritor y polemista inglés.

Esta tendencia creciente a traducir las obras de Chesterton al castellano alcanza un punto notable en este volumen. Debe agradecerse a la Editorial *El buey mudo* –nuevo sello editorial de Ciudadela Libros– la iniciativa de publicar por primera vez sus ensayos religiosos más importantes, escritos desde su conversión al catolicismo en 1922 hasta el año 1935.

La edición castellana sigue la estructura y el contenido del volumen III de las Obras Completas de G. K. Chesterton, publicado por Ignatius Press en 1990 (*The Collected Works of G. K. Chesterton*, Vol. 3, San Francisco). Recoge seis escritos de diversa índole del autor que conservan el título original de la versión inglesa.